

NATSUME SOSEKI

KUSAMAKURA

Almohada de hierba

Traducción y estudio final de
EMILIO MASIÁ y MOE KUWANO

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2021

- © Tradujeron Emilio Masiá y Moe Kuwano
sobre el original japonés *Kusamakura*
- © Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2009
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

Cubierta: imagen digital realizada por Christian Hugo Martín en 2009
para Ediciones Sígueme

ISBN: 978-84-301-2089-5

Depósito legal: S. 136-2021

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

Mientras ascendía por el sendero del monte, me dio por pensar: «Si sólo funciono con la lógica, me estrello contra una esquina. A la deriva de las emociones, me arrastra la corriente. Y si me empeño en imponer lo que me viene en gana, asfixio la convivencia. Lo tome como lo tome, este mundo humano es inhabitable. Cuanto más inhabitable se vuelve, más aumentan las ganas de evadirse en busca de un lugar donde la vida resulte llevadera. Pero te mudes donde te mudes, no dejará de ser un lugar inhabitable. A partir de este lúcido desengaño germina el poema y se esboza la pintura.

Este mundo no lo han creado divinidades ni diablos. Es obra de la vecindad de alrededor. Lo crean yendo de acá para allá las simples caras de gente común con que me cruzo en la vida cotidiana. Personas corrientes configuran este mundo inhabitable. Precisamente por eso, no es solución el mudarse a otro país. Si hubiera otro lugar donde instalarse, tendría que ser fuera del mundo humano. Pero en una tierra fuera del mundo humano, aún resultaría más difícil vivir.

Dado que no existe un lugar mejor al que mudarse en este mundo inhabitable, la cuestión es cómo hacer llevadera la vida, cómo convertir este mundo, aunque sea por unos instantes, en un espacio confortable. Justamente ahí se recibe, cual don de lo alto, la vocación del poeta y la inspiración del pintor, que aportan tranquilidad al mundo y colman el corazón humano. Despojando al mundo de su corteza inhabitable, reflejar en el momento fugaz la gratuidad: he ahí el secreto del cuadro y del poema, de la música o la escultura. Más aún, ni siquiera hay

que esforzarse en reflejar. Basta con contemplar lo que tenemos delante tal cual es. Ahí vive la poesía y brota el canto. Ya antes de confiar tus pensamientos a la pluma, tintinea su sonido en algún rincón de tu cerebro; ya antes de estampar colores en el lienzo, se dibuja un arco iris con los ojos de tu mente. Basta con que puedas contemplar así el mundo contaminado en que vives, para que en la pantalla del corazón aparezca dibujado un cuadro puro y bello.

Incluso el poeta que nunca ha llegado a expresar sus pensamientos ni siquiera en un solitario verso, o el pintor que no dispone de pigmentos y no ha llegado a pintar en su vida ni siquiera un pequeño y triste lienzo, pueden obtener la salvación que trae el arte, y librarse así de pasiones y deseos mundanos. Pueden entrar por voluntad propia en un mundo de pureza inmaculada, librándose del yugo de la avaricia y el egoísmo; pueden construir un mundo sin igual, que albergue mayor felicidad que la de quien ha sido agraciado con fama y riquezas; serán más felices que cualquier príncipe o noble que jamás haya vivido; más felices, por supuesto, que cuantos se sienten halagados por las satisfacciones de este mundo vulgar.

A los veinte años empecé a sentir que merece la pena vivir en este mundo. A los veinticinco comprendí que luz y oscuridad son las dos caras de una misma moneda, que dondequiera que se ponga el sol se hace de noche y reina la oscuridad. Hoy, cumplidos ya los treinta, pienso que en la profundidad de la alegría habita la tristeza y que la mayor diversión contiene el mayor dolor. Intenta vivir apartado de la alegría y la pena, y perderás el asidero de tu vida. Trata de apartarlos a un lado y verás cómo se desmorona el mundo. El dinero es importante, pero cuando se acumulan las posesiones ¿no se convierte en una preocupación que no te deja dormir? El amor es un encanto, pero cuando sus delicias aumenten hasta sobrecargar tu corazón, suspirarás con nostalgia por aquellos

días pasados en que todavía no conocías el enamoramiento. Sobre las espaldas de los gobernantes pesa la carga de su responsabilidad por el pueblo y les abruma los asuntos de este mundo. Disfruta comiendo algo muy sabroso y después sentirás que has perdido algo. Come poco y dejarás la mesa con el apetito insatisfecho. Come hasta el hartazgo y enseguida te sentirás mal...».

Cuando mis pensamientos sin rumbo alcanzaron este punto, mi pie derecho tropezó con el borde de un pedrusco inestable y me tambaleé. Intentando recuperar el equilibrio, estiré mi pie izquierdo, que había adelantado enseguida para evitar caerme, pero no lo conseguí y di con mi cuerpo en tierra. Afortunadamente, fui a parar sobre una roca lisa y amplia, de manera que todo el percance se redujo a que la caja de pinturas que llevaba colgada del hombro salió despedida. Por suerte, no sufrió ningún daño.

Al levantarme, miré a lo lejos. A la izquierda del sendero, en el horizonte, se elevaba una cumbre similar a un cubo invertido. No sé si eran cedros o cipreses, pero la montaña entera estaba cubierta por una tupida vegetación de tonalidad verde intenso. El espesor de la niebla oscurecía el ambiente y difuminaba el rosado de los cerezos.

De entre el verdor de la senda destaca el color rosado, tenue y claro, de los cerezos en flor. En todo el paisaje flota un tul de neblina que difumina los colores. Un poco más cerca se yergue una montaña de laderas áridas, tan próxima que casi se te echa encima y parece que vas a tocarla. Como tallada por el hacha de algún coloso, su perfil afilado se proyecta sobre el fondo del valle. En la cresta tan sólo se ve un pino solitario de la especie de madera rojiza. Hasta las zonas de cielo que asoman entre las ramas brillan con inusitada nitidez. Un poco más adelante, el sendero llega a un abrupto final, pero mirando hacia lo alto distingo la figura de una persona

envuelta en una capa roja que desciende por la ladera de la montaña. Me pregunto si, escalando, yo sería capaz de trepar hasta allí. Es un camino muy escarpado.

Si se lograra evitar los baches, no haría falta tanto esfuerzo, pero aquí y allá el sendero se abre paso por un terreno pedregoso. Imposible eludir los altibajos plagados de piedras. Aunque apisonasen la tierra del camino, permanecerían aquí y allá rocas con aire de superioridad. El paisaje no nos cede el paso. No queda más remedio que trepar sobre los obstáculos o rodearlos. Cuesta caminar incluso por donde no hay rocas.

Aun sin peñascos, este lugar sería un sitio fragoso para andar; las lomas se elevan altas a derecha e izquierda y en el centro del sendero se ha ido formando un profundo surco. Podría describirse mejor esta honda concavidad en términos geométricos. Tiene figura de triángulo de unos dos metros de anchura, cuyos bordes forman un declive acentuado que se convierte en un brusco ángulo por el centro del camino. Más que un sendero, diríamos que parece el lecho de un río. De todas formas, en este viaje no hay que apurarse; me lo tomaré con calma afrontando los innumerables giros y recodos que me vayan saliendo al paso.

De pronto, escucho muy cerca los trinos de la alondra. Es una canción inesperada. Pero no puedo detectar dónde suena. Por más que escruto con la mirada el fondo del valle, no descubro por dónde revolotea. Se escucha su trinar nítido, pero nada más. El gorjeo creciente y el vigor de su canto me hacían percibir su cuerpo etéreo, como hecho de aire, volando audazmente de acá para allá, como si se esforzase por escapar acosada por cientos de moscardones. Esta ave no se detiene ni siquiera un segundo. Parece insatisfecha si no canta, pone en ello el corazón día y noche, y llena con su melodía el ambiente idílico de primavera. Y no sólo canta, sino que vuela siempre más y más cielo arriba. Seguro que esta alondra morirá algún día extra-

viada entre las nubes. En la cima de su largo ascenso planearía probablemente a la deriva entre jirones de nubes, perdiéndose allí para siempre y dejando en herencia su canto a los cielos.

El sendero tuerce abruptamente, bordeando la esquina de un peñasco. Un ciego se habría estrellado de cabeza contra ella. Conseguí, no sin riesgo, abrirme paso y proseguir hacia la derecha. Allá abajo las flores de colza se extendían como una alfombra sobre el valle. Me pregunté si una alondra podría llegar hasta allí volando en picado. Seguro que no. Tal vez, pensé, remontaría el vuelo desde aquellos campos dorados. Imaginé dos alondras surcando el cielo, una cayendo en picado y la otra ascendiendo. Al fin se me ocurrió que, en cualquiera de ambas direcciones, la vitalidad de su canto sería insuperable.

En primavera todo se torna somnoliento. El gato deja de cazar ratones, los acreedores no recuerdan sus deudas; sumidos en un sopor, llegan incluso a olvidar el paradero de sus propias almas. En cualquier caso, cuando lanzo mi mirada al mar de flores de los prados, recupero los sentidos. Se disipa la bruma cuando escucho a la alondra, vuelvo a encontrarme a mí mismo. La alondra no canta sólo con la garganta: pone el alma en ello. De todas las criaturas que pueden dar voz a su espíritu, no hay otra con tanta vitalidad como la alondra. Es verdaderamente feliz. Si nuestro pensamiento lograra imitar su canto y respirar en tal aura de felicidad, brotaría espontánea la poesía.

De pronto, me viene a la memoria la canción de la alondra de Shelley. Intento recitarla, pero sólo soy capaz de recordar dos o tres versos:

Miramos adelante y atrás.
Anhelamos lo perdido.
Nuestro sonreír más sincero
conlleva cierto dolor.
Las canciones más dulces,
las que narran pesares...